

Ser Científica: En el nombre de la perseverancia

Tanya J. Espino-Sánchez

University of Utah, United States

Siempre pienso en mi padre cuando de dedicación y trabajo duro se trata. Mi padre era un inmigrante mexicano indocumentado de 20 años que fundó su propia compañía y ahora emplea a más de 30 trabajadores. En aquel entonces mi hermana recién había nacido y yo tenía cuatro años. Mis padres se conocieron en la *high school* casi inmediatamente después de emigrar de México a Estados Unidos. Recuerdo a mi padre en el teléfono presentando sus ideas de negocio con mucha pasión a pesar de sus grandes limitaciones en el inglés, y de aquellas ojeras que eran producto de su cansancio por trabajar desde muy temprano y hasta muy tarde en la noche. Lo vi fracasar, recibir un “no” y aun así siempre levantarse para seguir adelante.

Todos estos recuerdos me acompañan en los largos días en el laboratorio durante mis estudios doctorales. Por primera vez en mi vida me encontraba a varios estados lejos de mi familia y de la comunidad que me vio crecer. Parecía como si hubiese entrado en una realidad alternativa, una realidad en la que me sentía preparada para vivir. Mi generación en el doctorado fue la más diversa en la historia del programa, sin embargo, la mayoría de los profesores no tenían ninguna exposición a la diversidad cultural. Recibía varios comentarios que cuestionaban mi estatus legal en el país, a pesar de ser ciudadana, mi lugar en el programa y mi futuro en la ciencia debido a que nadie en mi familia tiene un doctorado.

Todo el tiempo sentía que debía demostrar que merecía mi lugar en el programa, pero lo peor era que yo misma me lo creía. Todo el tiempo esperaba recibir un email que me informara que mi admisión había sido un error. Nunca había experimentado un síndrome de impostor con tanta intensidad. Como estudiante *undergrad* en California State University en San Marcos, encontré una vibrante comunidad de estudiantes que, como yo, eran primera generación en el *college*, habíamos vivido las mismas dificultades y teníamos el mismo ímpetu por hacer la diferencia. Éramos latinx, mujeres, producto de la inmigración y jóvenes científicas. Rodearme de esta comunidad me motivó a aplicar con éxito a un programa patrocinado por el NIH para estudiantes *undergrad* interesados en la investigación científica y en liderar nuevas iniciativas para reclutar y aumentar la diversidad en la ciencia. La realidad es que nunca pensé que otras comunidades científicas no fueran tan abiertas a la diversidad.

Mi esposo era el único que podía entender la dificultad de salirme del programa y saber que no podía. Como hija de inmigrantes, aprendí a que uno tiene que ser agradecido por todos los sacrificios que la familia hizo por mí y tener que lidiar con las mismas dificultades que ellos tuvieron. Después de todo lo que hicieron por mi futuro, no me podía imaginar tener que decirles a mis padres que había desertado porque simplemente no pude tolerar que personas me cuestionara. Ahora me tocaba a mí demostrar que podía luchar por mis sueños y perseverar en este ambiente.

Mientras hacia el laboratorio mi hogar, empecé a abandonar el mío.

Comencé a trabajar tiempo extra para probar que pertenecía y mientras hacia el laboratorio mi hogar, empecé a abandonar el mío. Como me sentía culpable pedir días libres, las visitas con mi familia disminuyeron significativamente y cuando veía a mis padres, era aún más difícil escuchar sus reclamos de por qué no podía quedarme más tiempo. Después de un tiempo, simplemente comencé a evitar ir a casa y disminuí el tiempo de llamada con mis padres. En retrospectiva, mi aislamiento solo empeoró mi depresión y extrañaba aún más a mis hermanos del segundo matrimonio de mi mamá. Pero la realidad es que una parte de mi disfrutaba darle tiempo a mi proyecto de investigación.

Me impulsé y después de un año pasé todos los exámenes necesarios para permanecer en el programa de doctorado. Pensé que mi estrategia por fin había dado resultado y ahora podría enfocarme en mi proyecto. Comencé a hacer amistades en el trabajo. Intercambiamos nuestras experiencias sobre el síndrome del impostor y me di cuenta de que no era la única que tenía las mismas inseguridades. Esta revelación me ayudó a tomar con mayor normalidad los fracasos en mis experimentos y los obstáculos que tenía que superar.

Con la situación mejorando, mi esposo y yo decidimos comenzar a construir una familia. Teníamos un plan perfecto: mi madre junto con mis hermanos, de 12 y 5 años, se vendrían a vivir con nosotros a ayudarnos con el bebé, y a cambio nosotros los apoyaríamos financieramente. Por los primeros 3 meses de mi bebé todo parecía que funcionaba tal como lo habíamos planeado. Mis hermanos disfrutaban de su nuevo hogar y yo regresé a trabajar de maternidad con la seguridad de que mi bebé estaría en muy buenas manos. Ver a mis padres como abuelos primerizos fue de los momentos más maravillosos que he vivido. Mi vida comenzaba a tener luz, pero todo terminó hasta que mi madre cayó enferma. Durante la pandemia, dos meses después, falleció. Falleció con 44 años de edad.

Mi mundo comenzó a desmoronarse. Durante mi duelo, solo podía pensar en cuán duro había luchado para que ella pudiera verme desfilando con mi toga de graduación después de defender mi tesis de doctorado. Pensé en todas aquellas ocasiones que había faltado a las reuniones familiares, en aquellas veces que mi mamá llamó y yo justificaba mi ausencia por lo ocupada que estaba en el laboratorio. Todas aquellas largas noches en el laboratorio haciendo experimentos, que además parecían no funcionar, dejaron de tener valor, comparado con el tiempo que perdí con mi familia.

La oscuridad en la que me encontraba por perder a mi madre fue indescriptible, y sin embargo no tenía mucho tiempo para llorarla. Tenía que levantarme para encontrar a alguien que me ayudara a cuidar a mi hija de 5 meses y luchar por la custodia de mis dos hermanos. Mientras la profundidad de mi depresión crecía, me alejaba cada vez más de todas aquellas amistades y conexiones que había hecho en mi programa. ¿Cómo podría explicarles a mis colegas la situación por la que estaba pasando? Nadie sería capaz de entender mi situación. Para mí, era una evidencia más que la academia no está hecha para alguien como yo, una madre latina de primera generación en el doctorado. Empecé a considerar nuevamente retirarme del programa,

pero ultimadamente, tenía que demostrar a mí misma que podía superar esta situación. Además, ahora quería enseñar y mostrar a mis, ahora, tres hijos los mismos valores que me mi familia me inculcó. La perseverancia ahora no significaba continuar a pesar de mi sentimiento de que no pertenezco, ahora significa luchar por hacerme un lugar para mí misma, y para los que amo.

En retrospectiva, ahora creo que mi camino hubiese sido menos oscuro y solitario si algún mentor con mi misma cultura se hubiera sentado conmigo y me hubiese dado alguna guía. Desearía que alguien me hubiera mostrado que estudiantes de doctorado como yo pueden salir adelante y también pueden hacer una gran diferencia. Correctamente, muchos trabajan por mejorar la diversidad, la representación y la inclusión en la academia, pero en el proceso no podemos ignorar las consecuencias de reclutar minorías en programas que no fueron diseñados para ellos.

Encontré la fortaleza en el pueblo que despotricaba de mí, de mi esposo, mi padre y de mi hermana de 22 años que tuvo que modificar toda su vida para que yo pudiera ir al laboratorio en horarios regulares; en mi abuela paterna que venía de México cada dos meses para ayudarme con mis hijos, y los amigos que siempre estuvieron con nosotros. El apoyo se volvió un motivo para continuar, por la gente que cree en mí, cuando yo ni lo hacía. Con su amor y apoyo, lentamente logré regresar a la nueva normalidad.

Han sido tres años desde que mi madre murió, y mi esposo y yo no podríamos estar más orgullosos de la familia que hemos construido. Mi hermana ahora ha formado una carrera exitosa, y los niños se han adaptado. Ahora sé que la perseverancia es necesaria, no solo en la ciencia, sino en todos los aspectos de la vida, y que hay que trabajar para mantener un balance. Como científica, aunque no ha disminuido mi síndrome del impostor, he aprendido a aparentar mejor. Mientras continuemos trabajando para mejorar el sistema para las futuras generaciones, puedo ignorar a todos aquellos que han cuestionado mi lugar en la ciencia.

Me enamoré de la ciencia por accidente después de que la curiosidad me llevara a tomar algunas clases en la universidad. Comencé a desarrollar una fascinación en la idea de aprender algo nuevo y poderlo compartir con el mundo. Desde entonces la ciencia se ha convertido como en una lengua extranjera, algo que en un inicio consideré solo era comprendida por estudiantes inteligentes que nacieron para entenderla. Cuando escuché a mi hija de tres años decir que ella quiere ser científica como su madre, supe por primera vez que mi historia es importante. Me graduaré en unos meses y no puedo esperar en compartir este momento con mi gente. En momentos como este, me encantaría poder llamar a mi mamá para contarle todo lo que ha pasado desde su partida.